

## **A modo de pretexto**

**En agosto de 2009 regresé a Cumaná**, ciudad que no pisaba desde que, siendo niño, mi padre hizo turismo interno al que era tan aficionado en compañía de mi madre, la hermana que me sigue y yo. Nada había en mi memoria visual que permitiera el reconocimiento, el *déjà vu*. Sólo creo recordar que mi padre dijo que la ciudad era importante para nosotros y que entonces no entendí por qué lo sería.

Más tarde supe. Mi padre era amigo de Carlos Iturriza Guillén, un simpático caballero y abogado de familia valenciana, cuyo matrimonio con la adinerada Alicia Ruiz le había permitido dedicarse al estudio de la tauromaquia—llegó a enseñarme en 1964 cómo se sostiene un capote de brega para la lidia de una vaquilla que jamás enfrenté—, la heráldica y la genealogía. Entre los libros que escribió sobre este último asunto estuvo *Algunas familias de Cumaná*, y un ejemplar lo dedicó a mi padre cuando la casa de Rosalvina Calcaño Calcaño, prima hermana de mi abuela materna, separaba la quinta Alcalareña de Curumuntar, la de Carlos y Alicia, en la calle Los Mangos de Las Delicias de Sabana Grande.

En el libro de Iturriza consta que Juan de Alcalá fue el primer español de este apellido que llegó a establecerse en Cumaná. Allí casó con Isabel Márquez de Valenzuela y Villafranca el 13 de febrero de 1669. Este primer antepasado venezolano de mi padre y mis hermanos fue Sargento Mayor de la ciudad y Contador de las Reales Cajas y en dos ocasiones, 1659 y 1669, combatió contra atacantes ingleses como Jefe de Armas.

La marca cumanesa es, por supuesto, enteramente arbitraria y contingente. Juan de Alcalá no nació allí, sino en Málaga, y era vástago de la casa aragonesa cuya primera referencia halla Iturriza en Alcalá del Obispo, en la provincia de Huesca, en 1137. Y esto, a su vez, es también arbitrario y accidental; no encontraría allí la verdadera raíz si la buscara. Como Richard Leakey y otros paleontólogos nos han enseñado, la humanidad entera es afrodescendiente.

Pero esta exquisitez paleontológica no logró amellar el sentimiento de veneración con el que entré en Cumaná el domingo 9 de agosto de 2009. Allí habían vivido y luchado mis antecesores venezolanos. Allí había nacido José Gabriel de Alcalá y Sánchez, el padre de mi tatarabuelo y Diputado por Cumaná al Congreso de 1811, firmante, por eso, del Acta de Independencia. Allí había nacido su pariente, Antonio José de Sucre y Alcalá,<sup>1</sup> hijo de María Manuela Alcalá y Sánchez.

---

<sup>1</sup> José Gabriel de Alcalá y Sánchez era sobrino del abuelo del Mariscal de Ayacucho, Pedro de Alcalá y Rendón Sarmiento quien, casado con Juana Sánchez y Vallenilla, tuvo a María Manuela Alcalá y Sánchez, madre de la mano derecha de Bolívar, esposa de Vicente de Sucre y García de Urbaneja. Había nacido del segundo matrimonio del hermano mayor de Pedro, Antonio de Alcalá y Rendón Sarmiento, con Catalina Sánchez Ramírez de Arellano y Vallenilla. Los Alcalá y Rendón Sarmiento eran los hijos de Isabel Rendón Sarmiento y Diego Antonio Alcalá y Guevara, hijo, a su vez, de Andrea de Guevara y Soberanís y Pedro de Alcalá y Márquez, cuyo padre era Juan de Alcalá, el marido malagueño de Isabel Márquez de Valenzuela. José Gabriel era, por tanto, tío segundo de Antonio José de Sucre, puesto que era primo hermano de su madre.

También nacieron en Cumaná los poetas José Antonio Ramos Sucre y Andrés Eloy Blanco, e Iñaki Anasagasti, el político nacionalista vasco que hoy es Senador en las Cortes Generales de España por la circunscripción de Vizcaya, y deportistas como el nadador Francisco Demetrio Sánchez Betencourt, quien nos ha traído medallas de oro desde Río de Janeiro, Gotemburgo y Winnipeg, o César Farías, el actual Director Técnico de la Selección Venezolana de Fútbol, nuestra Vinotinto. Hay quien va a morir en Cumaná viniendo de otra cuna, como la Beata Madre Candelaria de San José, que nació en Altagracia de Orituco y fue cofundadora de las Hermanas Carmelitas en Venezuela.

Uno debe entrar a Cumaná en actitud reverente pues, además, *la tierra donde nace el Sol* fue el primer asentamiento de los españoles en tierra firme americana. Antes de llamarse *unión de mar y río*, que es lo que su nombre significa en lengua variante del *warao*, fue poblada por frailes franciscanos en 1501, allí donde el río Manzanares—una evocación madrileña—desemboca en el Golfo de Cariaco.

En 1520, el Protector de los Indios, fray Bartolomé de las Casas, recibió la autorización del Consejo de Castilla, reunido en Santiago de Compostela, para establecer en Cumaná una colonia pacífica y probar su doctrina de la colonización: “*Poblar la tierra firme, sin derramar sangre y anunciar el evangelio, sin estrépito de armas*”.

.....

El lunes 10 de agosto, el grupo con el que andaba—gente Sucre (mi esposa), gente Berrizbeitia (en cuya casa nos alojábamos) y gente Mayz, todas de estirpe cumanesa—me convenció de acompañarle a Cubagua, a la que se llega desde la Península de Araya. Muy temprano al día siguiente, partimos a Cariaco, desde donde cruzamos la península en dirección a El Rincón, justamente frente a la isla. Llegamos en lancha rápida a Punta Arenas, y una vieja camioneta *pick-up* nos condujo al noreste de la isla para ver las ruinas de Nueva Cádiz, emporio perlífero destruido por el terremoto—con huracán, quizás—de 1541. Más interesaban a mis compañeros las playas que las ruinas, y pospusimos la exploración arqueológica para cuando el sol hubiera perdido algo de elocuencia al atardecer. Casi todo el día lo pasamos en la hermosa Playa Falucho, entre vasos con ron y limonada sobre hielo y cremas protectoras de la piel, bajo sombrillas provistas por el guía.

Hacia las cuatro de la tarde, pedimos al conductor que nos llevara a ver las ruinas, las que resultaron ser, en apariencia primera, perfectamente olvidables. No sabía yo qué sorpresa me depararía la excursión.

Más o menos a los diez minutos de examinar los bajos muros derruidos, noté un brillo que salía de un agujero en la base de la pared de piedra más alta, por su cara externa. Al acercarme, encontré en el hueco el cajetín de un disco compacto, en el que una cartulina dorada reflejaba la luz de Cubagua y en letras negras tenía un mensaje que no atiné a entender. El texto, lo juro, decía: “Para LEA - MMVIII”.

Ésas son, por supuesto, mis iniciales, pero no podía conjeturar una explicación razonable de la dedicatoria y creí que se trataba de una coincidencia divertida.

Adentro del cajetín estaba un disco compacto en aparente buen estado, y sobre su superficie se repetía la remisión y su data. Decidí tomar posesión del objeto y avisé de la rapiña al guía, quien se encogió de hombros. A éste lo interrogué sobre la posible procedencia del hallazgo, y le dije que lo escrito indicaba que había sido dejado adrede en algún momento del año previo.

En ráfagas de parla oriental acelerada, me dijo que no sabía nada concreto, pero que el año anterior había traído hasta las ruinas a un grupo de tres hombres y dos mujeres. El mayor entre ellos, un hombre sesentón que parecía natural de España, se había arrodillado un buen rato ante la misma pared, como si estuviera rezando.

Una urgencia por regresar a Cumaná me poseyó. En la casa estaba el viejo Macbook de mi señora, que ella trajera porque me resulta imposible vivir sin Internet. Quizás con él pudiera comprender el misterio de Nueva Cádiz, si el disco pudiera ser leído, esa misma noche.

Llegamos a la casa cuarenta minutos después de las siete. Tomé de prisa un poco de pan con jamón y un refresco, y me fui a la habitación que ocupaba con mi señora para abrir el computador y poner en él un disco todavía incomprensible. El aparato hizo los ruidos apropiados y presentó en pantalla el ícono del disco. Un clic doble sobre él abrió su carpeta, donde un único archivo de MS Word esperaba su lectura.

Al abrirlo, noté el encabezamiento de una nota dirigida a alguien que tuviera mis mismas iniciales, pues decía:

Hola, LEA. Encontrarás acá las minutas de una reunión de tres días, celebrada en la Isla de Margarita el 2, el 3 y el 4 de julio de 2008. Además de mí, participaron en ella Elena Ripamonti Arvelo, Graciela Sánchez Perdomo, Hernán Delgado Franklin y José Antonio Caballero Díaz. Todos ellos habían escuchado o leído la transcripción de una esquemática charla mía—Nociones Elementales de Política—y cada uno, y por separado, expresó genuino interés en conocerme y aprender de mí algo más del tema. Cada uno, por otra parte, indicó estar dispuesto a pagarme por el aprendizaje.

Eso ocurrió entre fines de marzo y principios de abril de 2008, y habiéndome ofrecido el uso de una casa en Juan Griego para mis vacaciones en las primeras dos semanas de julio y la consideración que haría de comprarla, hice saber a los cuatro peticionarios que lo más práctico resultaría de sostener con ellos un coloquio en Margarita, que les cobraría honorarios bastante módicos—cada uno tendría que ocuparse de su alojamiento y sus comidas—y que las fechas que proponía eran las que he indicado.

Para mi moderada sorpresa, unánimemente aceptaron mis condiciones. Sesionamos, pues, los tres días, mañana y tarde, en la sala de la prestada casa. El último día acepté almorzar con ellos y, al caer la tarde, les ofrecí algo de vino blanco y paté comprado en el aeropuerto. Esa noche, la Srta. Sánchez indicó que irían a Cubagua a la semana siguiente, a tenderse en Playa Falucho, de la que yo había oído hablar pero no conocía. Siendo yo español nacido en Cádiz, me tentó con el sitio de Nueva Cádiz.

Caballero Díaz es graduado en Ciencias Políticas de la Sorbona y mantiene simpatías contradictorias hacia el Partido Socialista Unido de Venezuela y Primero Justicia; las dos damas hacen incipiente vida política, una en Un Nuevo Tiempo y la otra en Podemos. Delgado Franklin se presentó como un ciudadano ordinario que cree su deber estar informado acerca de política.

El primero trajo un grabador de audio, y obtuvo mi autorización para registrar las sesiones. A partir de las grabaciones, compuso las minutas de las mismas, incluyendo una breve conversación de antesala entre ellos mientras esperaban el primer día que yo les atendiera. A los tres días de haber concluido las reuniones, me dejó un disco compacto con el archivo de su trabajo. Hice una copia, que ahora tienes en tus manos.

Aquí encontrarás, en orden continuo, lo siguiente:

1. La relación de la antesala, que dice algo de cada uno de los alumnos mientras se presentaban.
3. La minuta de cada una de las sesiones del coloquio.
3. Una transcripción de mi charla Nociones Elementales de Política, editada por Caballero Díaz.

Caballero fue bastante fiel en la transcripción de lo grabado, y su ágil escritura pudo el intercambio para eliminar las ineludibles redundancias. Verás que la cosa se asemeja en forma a los diálogos platónicos, pues cada quien era libre de intervenir para discrepar o preguntar.

Ahora explico la razón de este contacto contigo, que sé inevitable. La víspera de la expedición a Cubagua, te soñé.

Sí, te conozco. Es decir, he leído casi todo lo que has escrito sobre política. Comencé a leerte en 2005 mientras pasé una temporada en San Fernando de Apure, cuando supe que un grupo de guerrilleros colombianos, que allí estaba a la vista de todo el mundo, seguía tus textos periódicos con mucha seriedad desde el año 2003 y más tarde vigilaba tu blog.

Pronto supe que éramos *Doppelgänger*<sup>2</sup> el uno del otro. Trazábamos vidas paralelas, al menos en nuestra aproximación a la política entendiéndola como arte de naturaleza médica. La similitud de nuestras ideas, germinadas en cerebros formalmente separados, independientemente, era asombrosa. He leído tus Memorias Prematuras, y allí vi que formulaste por vez primera en voz alta la idea de política como medicina en 1984. En mi caso, comencé a pensarla así un poco después, en 1986, al salir de un simposio en Buenos Aires en febrero, cuatro meses antes de tu *Dictamen* de junio.

---

<sup>2</sup> *Doppelgänger* significa hoy en día en alemán el doble, el otro yo, de una persona. Originalmente, se refería a un doble maléfico.

Reconozco que me llevas una ventaja. Mi aproximación procede de la Filosofía Política, mientras que tú te acercas desde un origen en las ciencias naturales. Tú reconocerás en mí otra: mi temperamento es flemático, el tuyo apasionado. Aunque predicas la distancia clínica, es obvio que te molesta la necedad de quienes desprecian tu trabajo y tus consejos. Ya Richard Nixon había admitido: *“La persona que cree que su propio juicio, aunque falible, es el mejor, y que se impacienta viendo a hombres de menos categoría manejar mal las riendas del poder, por fuerza tiene que ansiar, hasta dolorosamente, hacerse con esas riendas. Ver las chapuzas y los patinazos de otros puede resultar hasta físicamente atormentador para él”*.

Supongo que sabes que no es tu culpa. Una vez confió Sigmund Freud, a su esposa, sus reflexiones sobre una paciente con renuencia a aceptar el tratamiento que le prescribía: *“Creo que mis servicios y obligaciones para con un paciente se han completado una vez que he revelado el significado escondido y secreto de sus síntomas. La cura reside en ese mismo acto. Realmente no es mi responsabilidad si acepta mi diagnóstico o no aunque, por supuesto, no habrá cura a menos que lo acepte. Por tanto, para mí es urgente que ella crea en mi solución y trabaje fielmente con mis indicaciones. Si los dolores son la culpa de Emma obviamente no soy yo el culpable; por tanto, ella ha fracasado en su propia cura y no soy responsable de ninguna parte del fracaso”*.

No te castigues.

El 11 de julio de 2008 estaba en Cubagua con mis atípicos estudiantes. En la noche del 10 te vi en sueños, sin conocer tu cara. Te soñé barbudo, como Freud. Me esperabas vestido de blanco ante ruinosos muros hechos de piedra. Un liso disco dorado colgaba de tu cuello como una medalla. Te despojaste de él y me lo ofreciste, y entonces tu cara se transformó en la mía, sin barba. Cuando tomé el disco, diste media vuelta y te ocultaste tras la piedra. Fui allí a buscarte—¿buscarme?—y no te encontré. El desasosiego creció dentro de mí hasta que me despertó.

Por esa pesadilla llegué a creer que se trataba de una exigencia: yo debía llevarte a las ruinas de Nueva Cádiz una copia del disco que Caballero Díaz me había entregado. Deseo que la hayas encontrado, pero me propongo asegurarme de un contacto a pesar de la premonición onírica, por si acaso. A mi regreso de España, donde voy a vender una casa de mis padres en Gran Canaria, encontraré la manera de conocerte en persona.

Hasta entonces

Santiago De Las Casas

.....

Mi doble tomó el vuelo 5022 de Spanair entre Madrid y Gran Canaria el 20 de agosto de 2008. El avión MD-82, de McDonnell-Douglas, no pudo abrir los *flaps*

para el despegue desde Barajas y se fue al suelo a destrozarse. Santiago estaba entre los 154 muertos del total de 172 personas que en él viajaban.

No supe de su deceso hasta este año de 2011, cuando decidí investigar si el remitente del Archivo de Nueva Cádiz existía realmente, extrañado por un silencio que nunca se quebrara. De nuevo, había conjeturado apresuradamente que el disco era una broma, una travesura de algún Berrizbeitia o Mayz que lo hubiera colocado en el agujero de la ruina sin que yo me percatara. Ninguno de ellos admitió ser culpable, sin embargo, y toda esa gente es seria, ninguno de ellos sería capaz de un engaño tan elaborado.

Santiago De Las Casas vino de Cádiz por primera vez a Venezuela en 1951, cuando tenía seis años de edad y yo tenía ocho. Acá estudió en Maracay la escuela primaria y la mitad del bachillerato, que terminó en Caracas. Trabajó tres años en la empresa constructora de su padre antes de cursar la Licenciatura en Filosofía en la Universidad de Los Andes en Mérida. Logró asociarse como docente en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Granada en 1974, el año cuando comenzaba este programa, luego de su doctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona.<sup>3</sup>

El padre de Santiago murió en 1976, por lo que él regresó para coger las riendas de la compañía que le había enseñado a dirigir. Diez años más tarde, retomó a ratos el quehacer filosófico, migrando en el año 2000 de su campo original de Filosofía Moral al de la Política, de su interés por el realismo ético en Aristóteles a la Teoría de la Justicia de John Rawls, que leyó entusiasmado en la edición revisada de 1999. En 2001, a los veinticinco años de su función ejecutiva, vendió la compañía constructora y se dedicó por entero a la Filosofía Política y a la pesca. No enseñó mucho en universidades venezolanas, pero disfrutaba actuar ocasionalmente como tutor de mentes curiosas.

Supe de él y sus trabajos por José Rafael Revenga, mi profesor de Filosofía Política y Social en la Universidad Católica Andrés Bello. Se trataron entre 1970 y 1973, y luego con menos frecuencia a partir de 1976. Él lo recuerda con una novia distinta cada año; Santiago no se casó antes de 1989, cuando cumplía cuarenta y cuatro años. Su mujer murió de cáncer de páncreas en 2002; nunca volvió a casarse.

Este libro en su memoria contiene íntegramente el Archivo de Nueva Cádiz, encontrado mágicamente no lejos de Playa Falucho, en Cubagua. Santiago tuvo la generosa nobleza de citarme expresamente en los Coloquios de Juan Griego que el volumen recoge.

## **Luis Enrique Alcalá**

---

<sup>3</sup> El linaje De Las Casas existe en Cataluña y en Andalucía. Tal vez esto moviera a Santiago entre Barcelona y Granada.